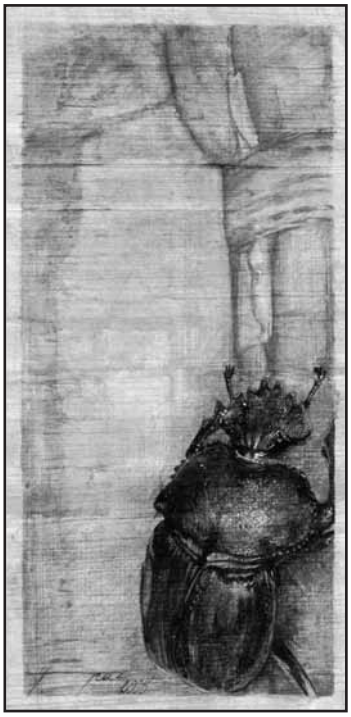
RESEÑA

Aleteos de inmortalidad.

Aproximación a la pintura de Talavera de Paz

Pedro Almeida Cabrera

En 1995 conocí una parte muy fragmentada de la –quizás no muy extensa pero sí muy cuidada– producción artística de Mercedes Talavera de Paz. El feliz acontecimiento acaeció en mi etapa de director del Museo Néstor de Las Palmas de Gran Canaria. Esta eximia artista dejó sembrada en mi espíritu una simiente de seductor desasosiego hacia su pintura. Esta inquietud e intriga la produce cierta comunión estética. Algunas de aquellas pinturas rayaban en cierta morbosidad sensual en lo que a la figura humana respecta y, en la perturbación, en cuanto a la variopinta galería de la fauna que abarcaba mamíferos, anfibios,... llamaba la atención la presencia de mariposas que no sólo reforzaban la composición de los grafitos sino también el simbolismo, pues este lepidóptero tiene un simbolismo algo común en oriente y occidente pues es un símbolo birmano del alma o psiquis y en la Grecia clásica era el símbolo de la diosa Psiquis "la espiritualidad que enamora al amor mismo" (J.A. Pérez Rojas). En aquella ocasión dejó aclaradas varias de las bases en que se asienta su mundo pictórico que, en mi opinión, permanecen inamovibles. Una de ellas es el dibujo como soporte básico aunado con un concepto muy personal del color. Su gama de color se decanta por la monocromía en la que predomina la gama de ocres; monocromía que rompe



o trasmuta con sutiles y elegantes pinceladas de gusto exótico, con un cierto acento renacentista. Otro de estos fundamentos es su capacidad creadora para trasmutar la base real, su capacidad para la imaginación y el ensueño desde perspectivas poéticas o simbólicas personales, pero nunca gratuitas. Estas composiciones buscaban un diálogo de trascendencia superando el tiempo presente en aras de un encuentro con la inmortalidad. Diálogo para el que sirvió de emisario las ilustraciones lineales y florales de manuscritos medievales y renacentistas; tal vez ello justifique el soporte: pergamino. Esta trasgresión del tiempo estaba cifrada en la mirada, tanto de humanos como de animales. Mirada premonitoria quizás de lo más reciente de su producción, ya que en la mitología egipcia el mundo surge del ojo porque a través de él adquiere realidad.

En una conversación con Talavera de Paz pude apreciar su sólida y amplia cultura, su amor al dibujo avalado por una anécdota de la niñez cuando en una visita al Museo del Prado prefirió una postal con un dibujo de Goya a cualquier otra pintura. En este encuentro brotó como un torrente nuestra admiración hacia el mundo de los símbolos y de la pintura simbolista, en particular de finales de los siglos XIX y XX, Watts, Burne Jones, Delville, Khnopff y un largo etcétera en el que incluimos a nuestro incomprendido Néstor. También pude corroborar que la delicadeza y elegancia de sus figuras son consustanciales a su forma de ser. Incluso cierto aroma de exotismo sutil, ni extravagante ni de pose, que emana de sus composiciones puede tener su origen en la estancia en Africa durante su niñez. Personalmente creo que su obra pictórica rezuma esencias de su fuerte personalidad.

Conforman la presente muestra una serie de obras que, en su mayoría, son el resultado de la

experiencia en un fascinante país custodio de los monumentos de la más legendaria civilización que ha fascinado a los occidentales: Egipto. Conociendo a Talavera de Paz este encuentro se hacía imperiosamente necesario. Al final este sueño cristalizó en realidad temporal y aquí tenemos la lectura personal plasmada en arte. Resulta curioso que sea la civilización faraónica y no la cristiana la que, cuando hacemos referencia a la inmortalidad –tanto en el plano espiritual como en el material–, acuda primero y con más fuerza a nuestra mente. Ella acuñó para siempre el término inmortalidad rubricándolo con una serie de testimonios materiales que hoy siguen siendo enigmáticos: momificación, monumentos funerarios (pirámides y templos), escritos (*Libro de los muertos*) e incluso las primeras creencias sobre la resurrección (Viaje de Osiris).

Soporte, colores y elementos compositivos encuentran en estas pinturas de Talavera de Paz una justificación simbólica que nos hablan de su comunión y personal interpretación del Egipto faraónico. En ellos aparecen algunos de estos aleteos de inmortalidad. En muchas de estas pinturas de técnica mixta utiliza como soporte el papiro, símbolo del dios Amón (el espíritu perenne) y del amor latente. El empleo de oro tiene una sintonía con el mundo egipcio, que abarca significados tales como el sol, incorruptibilidad, la piel de los dioses y los faraones eran "carne de oro"; es más, en otra civilización, en textos indios representa la inmortalidad.

En sus composiciones encontramos algunos elementos simbólicos en conexión con esa trascendencia hacia la inmortalidad. Enumeramos algunos de ellos. El escarabajo (es el más universal, como amuleto ha llegado hasta nuestros días es símbolo del sol y de Chepri, dios de la inmortalidad, la resurrección y la creación... La libélula, al igual que la mariposa, es símbolo de la inmortalidad y de la regeneración. El sicomoro, árbol de la vida en Egipto. La estrella, indica lo eterno, lo imperecedero. En Egipto se identificaba el faraón muerto con la estrella polar. La estrella de cinco puntas representa el espíritu; en la Edad Media se utilizó como talismán contra la brujería.

El protagonismo compositivo lo comparte fundamentalmente la arquitectura y la figura humana. Aunque los edificios de la civilización faraónica se caracterizan por el empleo del dintel, la presencia de elementos abovedados significa la contemporaneidad, el recuerdo de la visita de la artista al Museo Egipcio en El Cairo. Aquí pudiéramos aplicar a la propia artista el arco geométrico como símbolo de la vida dinámica y en movimiento. Las columnas sustentan la bóveda celeste que en Egipto presentan en su mayoría capiteles de inspiración vegetal facilitando la unión entre cielo y tierra. Tal vez esta presencia vegetal es la causa de la reducción de los grafismos con estos motivos tan característicos de su pintura. Talavera de Paz ha resuelto esta vivencia intentando hacer aflorar el espíritu de las colosales piedras de los

eternos monumentos, en particular de los templos, funerarios o no. Estos espíritus pueden estar realizados o insatisfechos, situaciones que la artista plasma a la misma vez en un mismo lienzo. Pero ¿quiénes son?: faraones, princesas, sacerdotes, arquitectos, canteros, esclavos....? Ha encontrado la verdad desnuda sobre estos hermosos, esculturales, exóticos, sensuales cuerpos flota la niebla de patetismo también mantiene su secreto, corresponde al espectador intentar llegar al secreto del misterio.

El arte de Talavera de Paz sigue en progreso. Esta ha sido su respuesta emotiva y estética al Egipto de los Ramsés y de Akhenatón desde el siglo XXI, llena de simbolismos personales o históricos. Su asimilación e interpretación de los aspectos del arte que le son queridos –por encima de todo la figura humana, la figuración– nos llevan a su profunda cultura artística, pero en la presente ocasión late el homenaje a Miguel Ángel y Néstor. El toque de sensualidad delicada y erótica, puede tener su ascendencia en su estancia en África durante la niñez. Sigue fiel al dibujo, la sutil pincelada, un concepto del color sobrio y personal, la elegancia de formas, la creatividad, el buen hacer.